

Pluma y Lapiz



Número 137

SAISON DE PRIMAVERA

ATENEU DE
CUBA

La Roquecita

Novelita corta por Guy de Maupassant

(Continuación)

Uno de los leñadores le dijo:

—Señor alcalde, está usted demasiado cerca y al caer puede cogerle.—

Pero Renordet no respondió ni retrocedió: parecía dispuesto á recibir el haya entre sus brazos para derribarla después como un gladiador.

De pronto, al pie de la elevada columna de madera, se sintió un crujido que, como sacudida dolorosa, pareció llegar hasta la cima, y entonces el árbol se inclinó un poco, pronto á caer, pero resistiéndose aún. Los hombres, excitados, hicieron un esfuerzo mayor, y cuando el árbol caía, Renordet dió un paso adelante y después se detuvo con los hombros encogidos para recibir el choque irresistible, el choque mortal que había de aplastarle contra el suelo.

Pero como el haya se hubiese desviado un poco, le rozó únicamente las espaldas, arrojándole de bruces á cinco metros de distancia.

Los leñadores se precipitaron sobre él para socorrerle, pero cuando llegaron ya se había levantado Renordet sobre sus rodillas, aturdido, con la mirada extraviada y pasándose la mano por la frente como si volviese en sí después de un exceso de locura.

Cuando se hubo levantado, los hombres, sorprendidos, le interrogaron, no comprendiendo lo que había hecho.

Renordet respondió balbuceando que había tenido un momento de extravío, ó mejor dicho, un impulso de chiquillo, y que se había imaginado que podía pasar por debajo del árbol como pasan los muchachos corriendo por delante de los coches al trote. En fin, que había querido jugar con el peligro y que hacía ocho días que sentía en él semejante deseo, preguntándose, cada vez que crujía un árbol para caer, si habría tiempo para pasar por debajo sin ser tocado. En una palabra, confesaba que era una tontería; que todo el mundo tiene á veces sus momentos de extravío y experimenta esas tentaciones de pueril estupidez.

El alcalde se explicaba lentamente, con voz sorda, cual si no encontrase palabras apropiadas, y después se fué diciendo:

—Hasta mañana, amigos míos, hasta mañana.—

Tan pronto como hubo entrado en su cuarto, se sentó ante su mesa, vivamente alumbrada por un

quinqué provisto de pantalla, y apoyando la frente en sus dos manos, se echó á llorar.

Lloró mucho tiempo, y luego se enjugó los ojos, levantó la cabeza y miró la hora. No eran las seis y pensó: «Aun tengo tiempo antes de comer», y cerró la puerta con llave. Después volvió á sentarse ante la mesa, abrió el cajón de en medio, sacó un revólver y lo colocó sobre los papeles. El acero del arma relucía, lanzando reflejos semejantes á llamas.

Renordet lo contempló largo rato, con los ojos extraviados de un hombre ebrio, y en seguida se levantó y se puso á pasear.

Iba de un extremo á otro de la habitación, y de cuando en cuando se detenía para ponerse en marcha de nuevo. De pronto, abrió la puerta de su gabinete tocador, empapó una toalla en la pa-

langana de agua y se humedeció la frente como lo había hecho la mañana del crimen. Después reanudó su paseo. Cada vez que pasaba por delante de la mesa la reluciente arma atraía sus miradas y solicitaba su mano; pero miraba al reloj y pensaba: «Aun tengo tiempo». Die ron las seis y media. Entonces empuñó el revólver, abrió la boca cuanto pudo haciendo una espantosa mueca y se hundió dentro el cañón como si hubiese querido tragárselo. Permaneció así algunos

segundos, inmóvil, con el dedo en el gatillo, y después, sacudido bruscamente por un estremecimiento de horror, dejó caer el arma sobre la alfombra y su cuerpo en la butaca, sollozando: «No puedo, no me atrevo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cómo cobraría valor para matarme?»

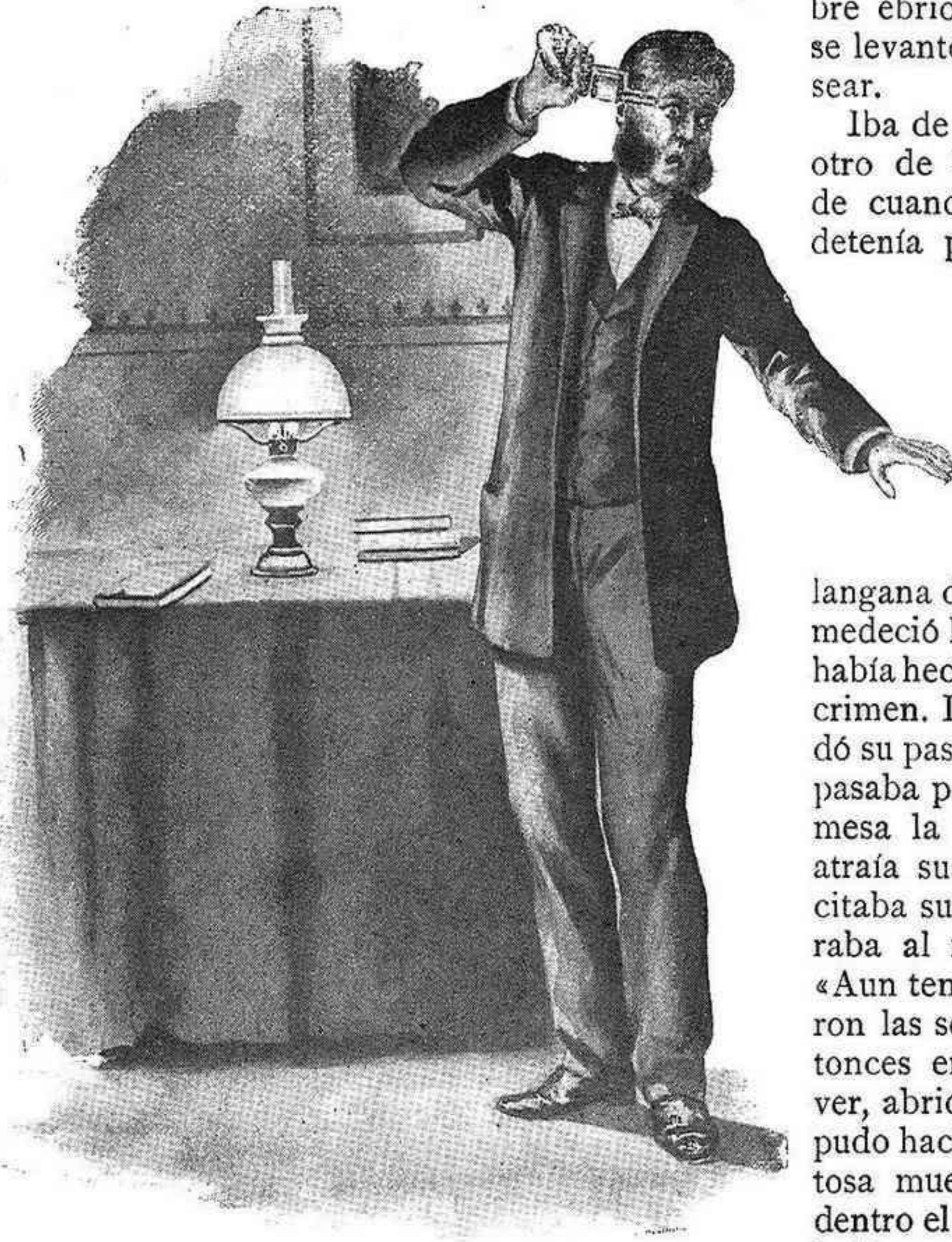
Como llamasen á la puerta, se levantó muy agitado. Un criado le dijo desde fuera:

—Señor, la mesa está puesta.

—Está bien, ya bajo—le respondió.

Y entonces cogió el revólver, lo volvió á guardar en el cajón y se miró en el espejo de la chimenea para ver si su cara denotaba emoción. Estaba encarnado, como siempre, tal vez un poco más que de ordinario, y esto era todo; así es que bajó y se sentó á la mesa.

Comió despacio, como hombre que desea hacer durar la comida, que no quiere encontrarse solo



consigo mismo, y luego fumó varias pipas en la sala mientras quitaban la mesa. Luego volvió á subir á su cuarto.

Después de encerrarse, miró debajo de la cama, abrió todos los armarios, registró todos los rincones, escudriñó todos los muebles; encendió en seguida las bujías de la chimenea y, dando varias vueltas sobre sí mismo, recorrió con la mirada toda la habitación con angustia y espanto que desfiguraban su rostro, pues estaba seguro de que iba á ver, como todas las noches, á la Roquecita, á la niña á quien había violado y estrangulado después.

Todas las noches se repetía la odiosa visión, que empezaba primero con una especie de zumbido en los oídos, semejante al rumor de un martinete ó el paso lejano de un tren sobre un puente. Después se iniciaba el ahogo, el estado anhelante, y se veía obligado á desabrocharse el cuello de la camisa, á aflojarse el cinturón y á pasearse para activar el curso de la sangre. Procuraba leer, procuraba cantar; pero todo era en vano: el pensamiento permanecía fijo á pesar suyo en el día del asesinato y se lo reproducía con todos sus secretos detalles, con todas sus violentas emociones, desde el primer minuto hasta el último.

Aquella mañana, la mañana del horrible día, había sentido al levantarse un poco de aturdimiento y de jaqueca que atribuía al calor; de modo que había permanecido en su cuarto hasta la hora de almorzar. Después de la comida, había dormido la siesta, y luego había salido á media tarde para respirar la brisa fresca y calmante bajo los árboles de su oquedal.

Pero desde que puso los pies fuera de casa, el

aire pesado y ardiente de la llanura, le sofocó aún más. El sol, muy elevado aún sobre el horizonte, derramaba oleadas de sofocante luz sobre la tierra calcinada, seca y ardiente. Ninguna ráfaga de viento movía las hojas. Los animales, los pájaros, hasta los insectos, permanecían mudos. Renordet se dirigió hacia la sombra de los grandes árboles y se puso á pasear sobre la hierba y donde el Brindille daba un poco de fresco bajo el inmenso techado de ramas. Pero se sentía poco á gusto, le parecía que una mano desconocida é invisible le apretaba el cuello, y apenas pensaba en nada, él que de ordinario sabía tener pocas ideas en la cabeza. Sólo un vago pensamiento le ocupaba hacía tres meses: el de volver á casarse, pues sufría viviendo, sufría física y moralmente. Habitado hacía diez años á ver una mujer á su lado, acostumbrado á su constante presencia, á su abrazo cotidiano, sentía necesidad, una necesidad imperiosa y confusa de su contacto y de sus besos. Desde la muerte de su señora sufría sin cesar, sin comprender por qué; sufría al no sentir que sus faldas rozaban sus piernas durante todo el día y al no poder, sobre todo, reposar abandonado en sus brazos. Hacía apenas seis meses que estaba viudo, y ya buscaba por los alrededores la joven ó la viuda con quien pudiera casarse cuando la época del luto hubiese pasado.

Tenía un alma casta, pero alojada en un hercúleo cuerpo, y mil imágenes carnales empezaban á turbar sus sueños y sus vigias. El procuraba alejarlas; pero acudían de nuevo, tanto, que había momentos en que sonriéndose á sí mismo murmuraba:

—Heme aquí hecho un San Antonio.

(Se continuará.)

Corpus Christi

POR fin llega la tarde apetecida
pletórica de luces y de esencias.
En todas partes reina un regocijo
que más parece el sueño de una siesta.

¡Qué bullicio!... De todo cuanto se habla
la *procesión* es el forzado tema,
y el pueblo en masa afluye presuroso
á las calles que forman la carrera.

Por abajo la inmensa muchedumbre
imita al mar en día de tormenta,
por arriba vistosas colgaduras,
ramilletes de rubias y morenas.

¡Qué bello y delicioso desconcierto!
Pisotones, codazos, indirectas,
tupidísimas lluvias de retama
que de excitante aroma el aire impregnan,
extendiendo más tarde sobre el suelo
resbaladiza alfombra amarillenta.

Empeñadas batallas de *confetti*
que lanzados al aire allí se estrellan
y salpican con miles de colores
el difícil tocado de las hembras.

Flecos de matizadas serpentinas
que con el tibio ambiente juguetean;
soldados con los roses á la espalda
y el fusil en descanso, en las aceras;
pelotones de gente alegre y joven
que se agolpan, se estrujan y se aprietan.

Voces de hombre que dicen:—¡Adiós, Rosal!...

—¡Bendita sea tu gracial!...—¡Salud, prenda!...

—Dichoso el que te alcance, vida mía!...

—¿Es todo tuyo?...—¡Sí!—¡Paso á la reina!...

—Va usted á matar de envidia á la *pubilla*.

—Si el gigante la mira...—¿Qué?—¡Tropieza!—

Esclamaciones de mujer que dicen:

—¡Qué calor!—Vámonos!—¡Jesús, qué pelma!...

—¡Me van á magullar!...—¡Esté usted quieto!...

—Este hombre tiene azogue por las venas.—

Quejas amantes que parecen ruegos.

Preces sentidas que parecen quejas.

Chiquillos más alegres que unas pascuas
vendiendo á perro chico *mata suegras*
y un marmitón que grita:—¡Caramelos
de piña, rosa, bergamota y menta!—

Mas, por fin, aparecen los penachos
de la guardia montada que despeja.
Pánico y confusión que duran poco
y se esparce el silencio por doquiera
á intervalos cortado por un grito:

—¡Caramelos de piña, rosa y breal!—

—¿Quién habrá que no guarde algún recuerdo
salado ó agridulce de la fiesta?

Un encuentro dichoso, una venganza,
una mirada cariñosa y tierna,
un placer al alcance de la mano
ó una ocasión cual pocas se presentan,
son pasto de la alegre juventud,
de viejos verdes y maduras viejas,
pues, todo el mundo allí va á divertirse
casta y devotamente... ó viceversa.

— Cuando el último rayo del crepúsculo
el firmamento tiñe de magenta,
un sin fin de abrasados corazones
empieza ya á tocar las consecuencias.

— Unos dicen que ha sido un día aciago,
otros piden á Dios que pronto vuelva...
y en tanto una voz grita enronquecida:

—¡Caramelos de piña, rosa y menta!—

JOSÉ M.^a GRAU GARCÍA

El amor y la ciencia

(Historia que parece cuento

ó cuento que parece historia)

Nos habíamos educado juntos, y contra la opinión general, tenía yo por uno de los hombres más inteligentes de su tiempo. Era taciturno, arisco. De niño no compartía casi nunca nuestros juegos y paseaba solo por el gran jardín del colegio. Su fealdad y sus torpes movimientos le acarreaban continuas burlas. Cuando le era posible fingía no advertirlas, porque no tenía el temperamento batallador; pero cuando le provocaban abiertamente no rehuía jamás una pelea y á más de uno escarmentó la fuerza de sus puños. Por regla general se le dejaba en paz. La mitad cuando menos de nuestros compañeros le creían tonto de capirote, pues aprendía con dificultad y á regañadientes cuanto le enseñaban; contestaba siempre con deplorable acierto y no cogía jamás un libro como no se le obligara á ello. Para una sola cosa demostraba una inteligencia sorprendente: para los idiomas. Traducía sin vacilación los trozos más enrevesados de latín y griego, y era una especie de diccionario ambulante de francés é inglés. Cuando uno de nosotros no recordaba una palabra, una declinación, una conjugación difíciles, Fanjul le sacaba de apuros. Se aprendió más adelante con rapidez pasmosa la química. Hizo que sus padres le compraran diez ó doce químicas ampliadas y ponía en rueda al profesor haciéndole de vez en cuando preguntas que no siempre podía contestar el pobre hombre, que distaba mucho de ser una lumbrera.

Conmigo hablaba en algunas ocasiones y recuerdo que me pasmaba su modo de juzgar hombres y cosas. Muchacho por los años, parecía un hombre experimentado por sus juicios. Dudaba de todo, se burlaba de todo, descubría los defectos más ocultos en un instante. Los pocos con quienes hablaba le temían por su mordacidad. Se le respetaba, pero no se le quería.

Cuando hubo terminado el bachillerato declaró á sus padres que no quería seguir carrera alguna. Al salir de la pensión sólo se despidió de mí y de un par de camaradas más. Preguntéle que por qué no seguía estudiando.

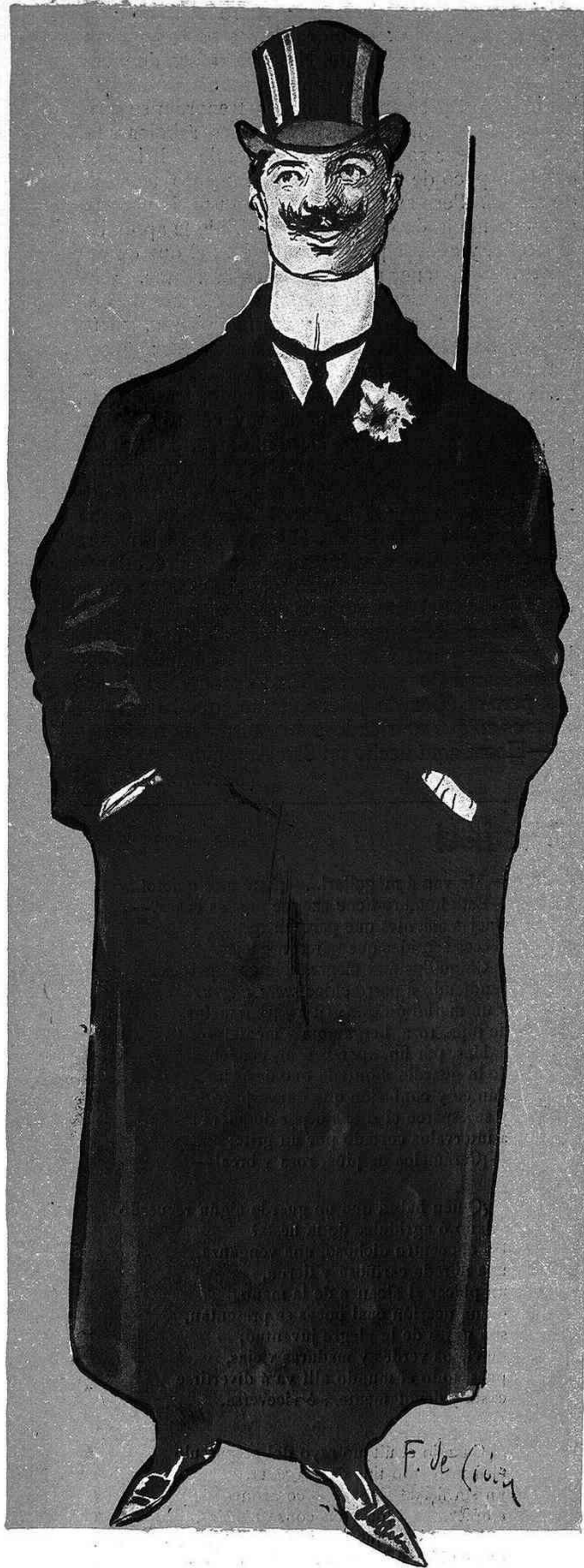
—¡Bah!—replicó.—Un hombre rico no necesita carrera y yo seré rico.

—Y borrico,—añadió un compañero que oyera su contestación.

—Y borrico, eso es,—contestó sin inmutarse;—sólo que á ti la pobreza te tirará del ronzal y te dará de palos, y yo seré un borrico bien mantenido.—

* * *

Pasaron años; perdí de vista á Fanjul. Un día, no recuerdo quien, me dijo que se casaba con una muchacha preciosa. Feo y torpe como era físicamente, parecía aquello una bravata. Al cabo de poco tiempo le ví en la calle. Iba al lado de la que ya era su mujer. Pocas veces he visto una criatura tan bella. Andaba con la majestad de una reina y con la gracia de una andaluza graciosa. Parecía que al andar resaltarán más todas las bellezas de su cuerpo sin tacha. ¡Y qué cara y que ojos! Tenía aquella, de fac-



La ley de las compensaciones.—¡Si ganara aquel caballo blanco!

ciones regulares y menudas, una expresión seria que, al sonreír, se convertía en picaresca, dándole soberano encanto; tenían éstos una mirada en que centelleaba todo el fulgor del sol, toda la luz de una existencia que está próxima a estallar en flores y frutos. Y junto á una belleza tan acabada, andaba con torpe paso mi antiguo y temible amigo, que parecía embobado contemplando á su compañera, mucho más joven que él. Sin saber por qué me sobrecogió un arrebató de ira contemplando aquella rara pareja.

Supe mucho tiempo después que Fanjul se había retirado á una posesión inmensa que poseía no lejos de una villa adonde pasaba yo muchas temporadas. Cada domingo iban á misa al pueblo. Entraba su esposa en el templo; paseaba él por el atrio, sin hablar á nadie, importándole un comino las cuchufletas que á media voz cambiaban los mozos, aludiendo bien á su mujer, bien á él.

En el pueblo me dijeron que mi amigo estaba locamente enamorado de su esposa; pero que ésta no le pagaba en la misma moneda. Tenía un temperamento de fuego y con los gañanes de su casa de campo se indemnizaba de la debilidad de su marido. Este tenía el aspecto de un ético y, en cambio, su compañera rebosaba salud y belleza. Pude notar, sin embargo, que sus serenos ojos no contestaban á ninguna de las miradas que le dirigían los tenorios del pueblo, que su cara no tenía la expresión picaresca de cuando se casó. Aparecía seria, pero sin sombra alguna de tristeza; plácida y serena como el rostro de una diosa. Fanjul no me vió ó fingió no verme jamás. No tenía ojos sino para su mujer, para su divinidad.

Pasaron así dos años. Fanjul estaba tísico rematado. Su esposa era cada vez más bella.

Un día me dijeron que había muerto, acometida de una enfermedad tremenda, que casi nunca perdona: del tétanos.

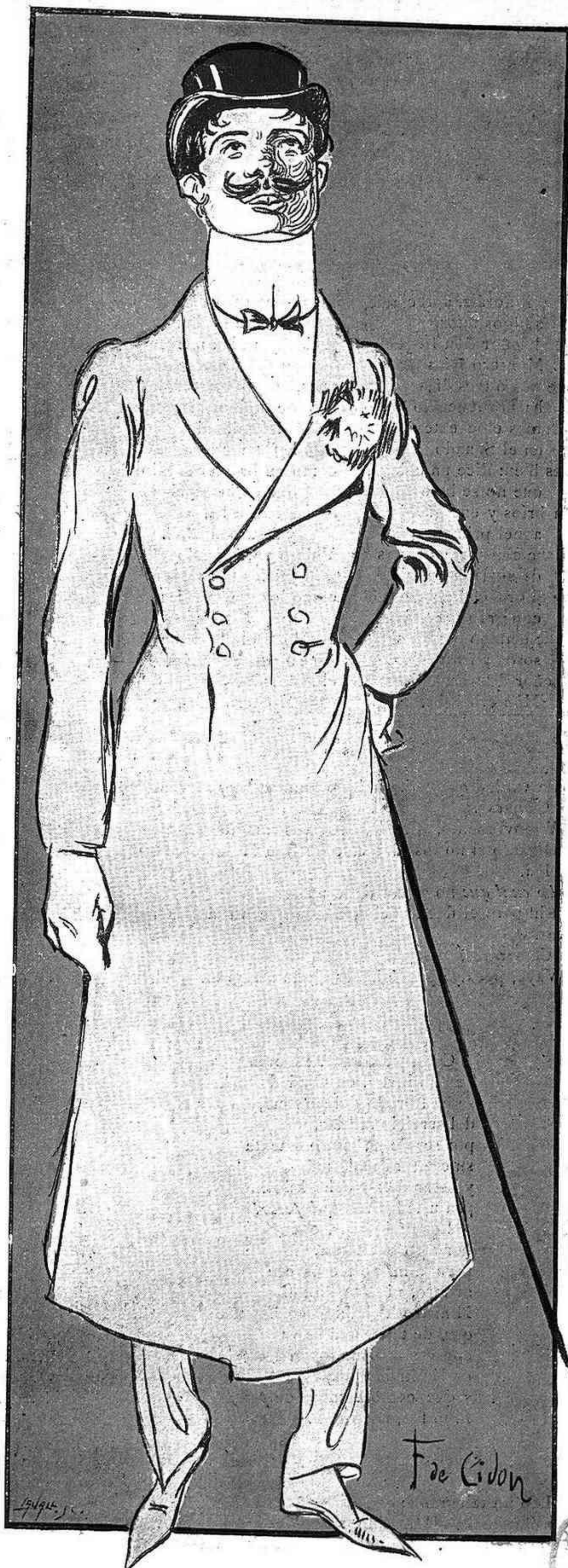
Pocos días después moría mi amigo. Quise verle. Fui al caserón que habitara durante tanto tiempo. El médico rural me contó por el camino que desde hacía algunos años había habido frecuentes casos de tétanos en el país. Tres mozos de labranza de Fanjul murieron de igual enfermedad que su esposa.

Entré en el cuarto mortuorio. Ennoblecido por la muerte, su rostro era casi hermoso. La frente, alta y ancha, revelaba una voluntad incontrastable, una inteligencia soberana.

Junto á la habitación mortuoria había el gabinete de estudio. En él se veían varias retortas, preparaciones químicas. Fanjul conservó hasta la muerte sus antiguas aficiones. Advertí que daba la preferencia á la biología. De pronto tomé un tubo de cristal, lo examiné con detención. Mi práctica de bacteriólogo me reveló en un instante una verdad y muchos crímenes.

Aquel tubo encerraba el bacilo del tétanos.

EN EL CONCURSO HÍPICO, por F. DE CIDÓN



A. RIERA

La ley de las compensaciones.—¡Si ganara aquel caballo negro!..





No ignoráis, apreciables amigos míos, que el señor don Eugenio Montero Ríos hace dos ó tres días ha pronunciado discursos elocuentes en el Senado. Pues bien: dice un colega, que no se bate con bríos y energías aquel primate; y hace constar, en tonos de agria censura, que el orador hablaba con gran mesura y que empleó recursos sosos y fríos el señor don Eugenio Montero Ríos.

Mas, dice otro diario que ese prohombre probó que bien merece su gran renombre, pues, sin tibios recursos de diplomacia, peleó defendiendo la democracia, como un bravo caudillo que en la trinchera defendiese á los suyos y á su bandera .. Y digo yo, leyendo juicios tan varios como los que publican esos diarios: —¿Mostró falta de arranques ó grandes bríos el señor don Eugenio Montero Ríos?

* *

La verdad es que ha habido animación y movimiento en las Cámaras.

Y movimiento, además, entre los camareros. Díganlo si no los del café de San Millán, que están en huelga.

Lo cual que no se consigue un arreglo.
Ah! pero el dueño del café dice que va á poner camareras.

¿Camareras?
Vaya, pues ya puede haber algún arreglito.

* *

Como caso raro, cuentan que un joven, en Ciudad Real, se ha librado del servicio, del servicio militar, por ser de un metro setenta su estatura nada más y pesar diez y ocho kilos... ¡Ya ustedes ven qué *pesar!*

Los periódicos, el caso por raro lo citarán, pero, á mí no me parece ni raro, ni excepcional. Ministro ha habido en España que, de talla, allá se va con ese mínimo joven de la citada ciudad y que, como hombre de *peso*, ni lo fué, ni lo será.

* *

Leo un telegrama:
«Zaragoza.—Han sido recogidas las galletas remitidas de una fábrica y elaboradas con sacarina...»

Y leo otro telegrama que aparece á continuación:
«Cartagena.—En el movimiento obrero intervinieron los guardias repartiendo golpes y resultando varios individuos contusos...»

Pues bien: vean ustedes. Son dos notas actuales, distintas por completo y en algo semejantes.

Abundan las galletas en esas dos ciudades: en una se recogen, ¡y en otra se reparten!

* *

Superábit.

¿Ustedes creen que voy á hablar de los ingresos de la Hacienda?

¡Quiál!

Me refiero á una estadística, *según la cual* en Madrid hay un gran superábit de mujeres en estado de merecer.

¡Una friolera! Hay 135.490 mujeres en clase de aspirantes á la coyunda!

En cuanto esto sepan algunos sujetos sin lámina y tipo, sin *trapío* y feos, de seguro que hacen alardes de méritos mirando á las hembras con mucho desprecio. Cualquier pelagatos,

cualquier adefesio buscará una joven de noble abolengo, de gran hermosura, con mucho dinero... Y ¡es claro! en seguida logrará su intento. ¡Qué suerte tan grande la del sexo feo!

* *

La última palabra de la moda de sombreros se debe al rey de Inglaterra.

Este soberano ha exhibido un sombrero que no vale más que dos mil doscientas pesetas, que se llama «sombrero Panamá» y que es lo más primoroso del arte de la sombrerería.

¡Dos mil doscientas pesetejas! ¡Poca cosa!

Al ver eso un *cabayero* me decía:—¡Vaya un arte que cuesta tanto dinero! ¿Un *Panamá*? ¡No! Prefiero ir de *gorra* á cualquier parte.

* *

En Novedades actúa Teresa Mariani. En Eldorado se ha presentado María Guerrero.

Son dos notables, notabilísimas artistas.

Pero ¿qué apostamos á que acude más público á ver á la bella Belén, la bella Pérez, la bella López, la bella Gómez y otras bellas con ó sin *Pulgas*?

Seguirá el negocio en el teatro Granvía.

Y Gil, con su voz tonante, —Júpiter de ese escenario— declamará á cada instante: —Soy el primer empresario del género edificante!

JULIO MARTÍNEZ LECHA



LA CARRERA DE LA MUERTE

por V. TUR

PÁGINAS DE SPORT

La vuelta al mundo en bicicleta, por los señores Deulofeu y Argüello

HACE pocos días la prensa dió noticias de la llegada á Barcelona de los señores Deulofeu y Argüello, que vienen desde la Habana dando la vuelta al mundo en su tanden.

Tuvimos ocasión de hablarles y al propio tiempo que nos facilitaban la adjunta fotografía, nos hacían las siguientes curiosas revelaciones:

«Cuando por primera vez intentamos dar principio á la excursión que acometemos, sufrimos el primer fracaso, que fué la pérdida del vapor donde íbamos á embarcarnos.

De nuevo volvimos á intentar nuestra salida de la Habana, sin un céntimo, ni nada que nos los proporcionase. Salimos de la capital de Cuba con rumbo á Cayo Hueso. Por fortuna, no nos pidieron el boleto del pasaje á la entrada del buque, por lo cual nos escondimos en una cámara de segunda hasta esperar que el barco saliese del puerto.

Ya una vez en alta mar, seguros de que no iba el barco á regresar por nosotros, nos decidimos

á hablar al sobrecargo del vapor *Olivette*, á quien expusimos todos nuestros propósitos, pero sin resultado alguno, porque tan pronto llegamos á Cayo Hueso, fuimos detenidos y encerrados en mísera prisión, primero por haber violado las leyes de emigración de los Estados Unidos de América, y segundo, por no haber pagado pasaje.

No hemos de seguir este relato por el orden de sus detalles, pues no hay tiempo para ello; por lo tanto, vamos á ser á ustedes lo



más breves posible. Varios días permanecimos en Cayo Hueso, donde nada nos faltó; allí efectuamos un beneficio sacando lo suficiente para pagar el pasaje. Desde allí nos dirigimos á Tampa, ciudad situada en la Florida; desde donde nos dirigimos en bicicleta hasta Jacksouville; en este trayecto nos ocurrió que, como en los Estados Unidos carecen de carreteras por el mucho tráfico que existe por vía férrea, tuvimos que coger la vía del ferrocarril durante un buen trecho. Empezamos nuestra marcha por aquella vía de comunicación cuando llegamos á un puente como de dos kilómetros de extensión; íbamos pasándole cuando casi ya á la mitad nos apercebimos que venía el ferrocarril; acto continuo tuvimos que amarrar la máquina á uno de los travesaños del puente y colgarnos nosotros de los mismos; de esta manera pasó sobre nosotros el tren, quizás sin haber notado el maquinista que bajo las ruedas estaban escondidos dos seres humanos.

Muchos más percances iguales ó peores que éste hemos tenido en Norte América. En algunas ciudades hemos sido bien recibidos; en otras hemos encontrado indiferencia, y hasta hemos pasado hambre y frío; de esta manera, luchando contra el destino, llegamos á Quebec, en el territorio del Canadá.

Con el ánimo siempre dispuesto para hacer frente á todas las vicisitudes que se nos pudieran presentar, emprendimos de nuevo la marcha hacia Londres, en un vapor de ganado llamado *Victorián*, en el cual nos creímos transportados á una de esas regiones descritas por Dante. Atravesamos Inglaterra, embarcamos en Liverpool para Coruña, y desde allí venimos sufriendo las carreteras españolas. Aquí lo pasamos tal cual, y pensamos permanecer todo el tiempo que podamos.»

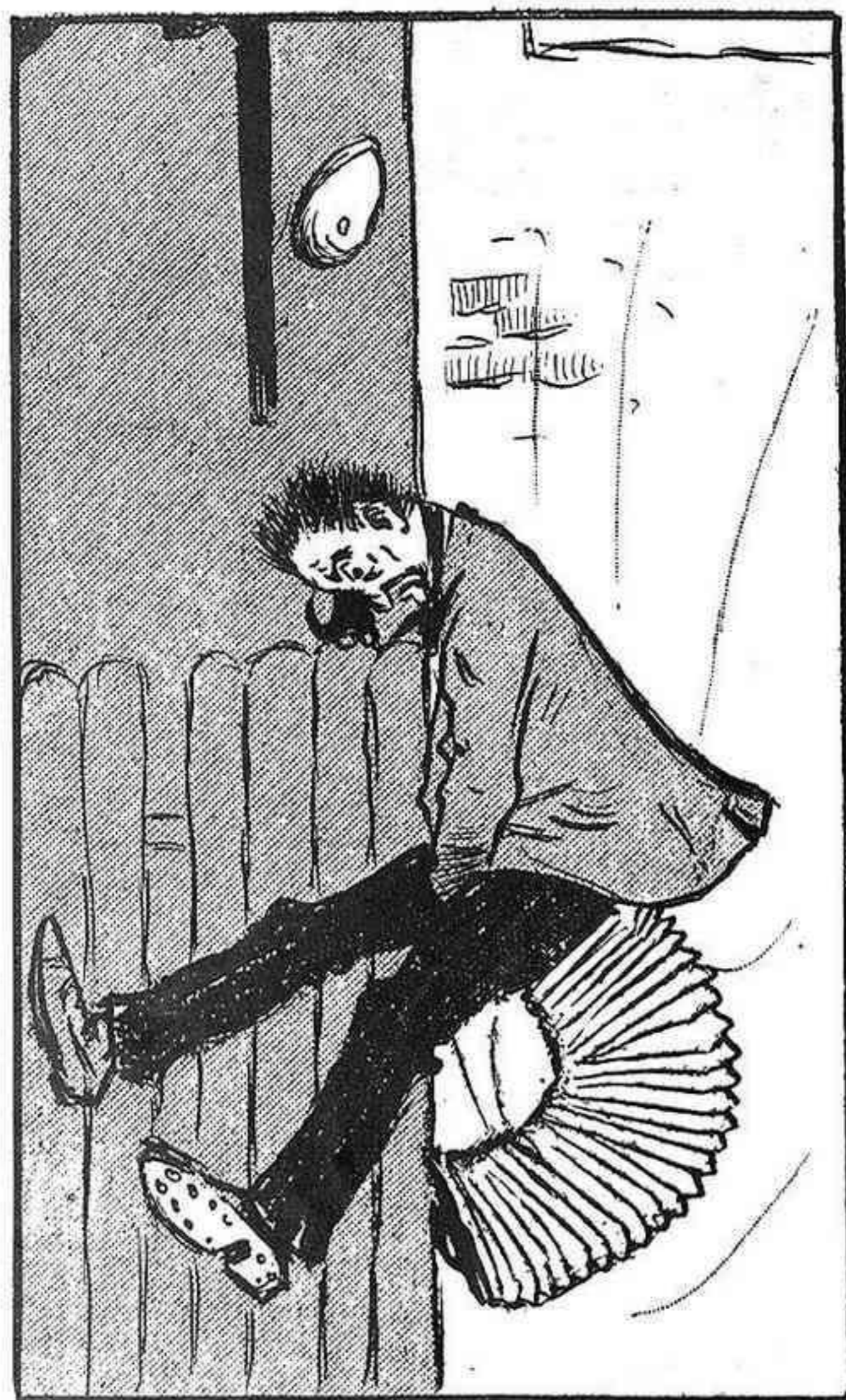
Mucho desearemos que los intrépidos y simpáticos ciclistas, que á la vez son corresponsales de importantes periódicos de la Habana y Nueva York, se lleven de nuestro país grata impresión.



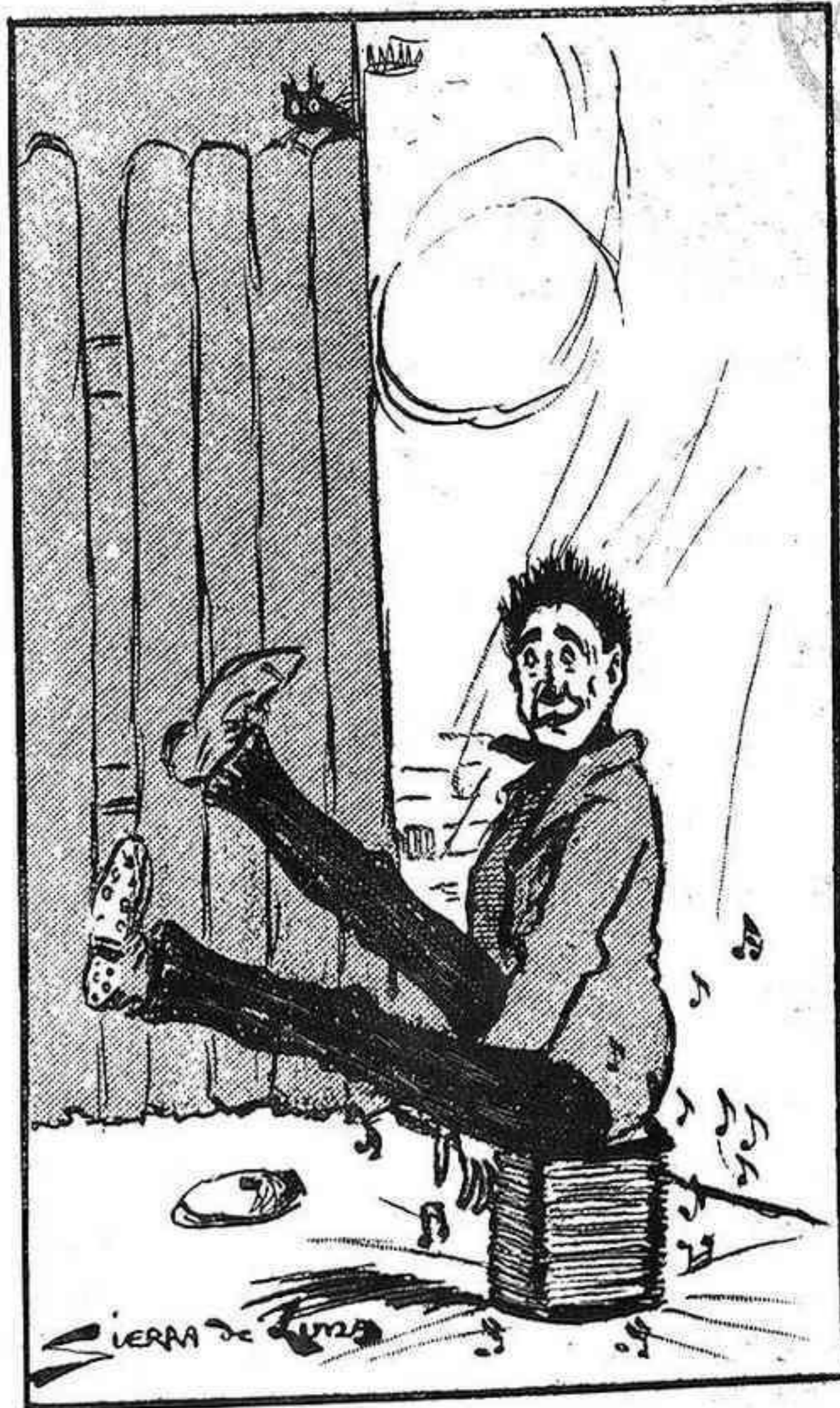
1.—En estas noches calurosas no hay nada que refresque tanto como el tocar el acordeón al borde de una ventana.



2.—Pero sin distraerse demasiado, porque puede tener malas consecuencias.

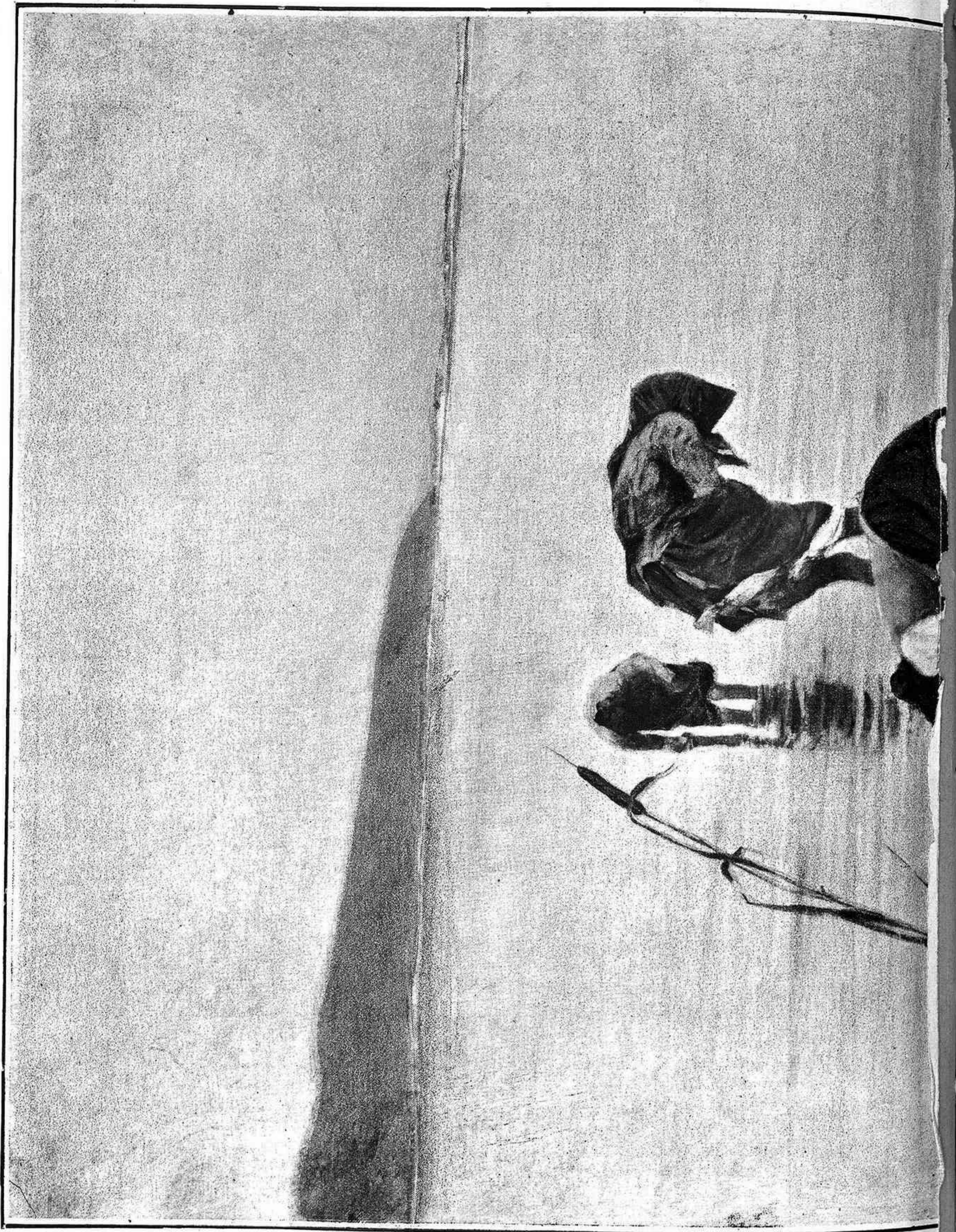


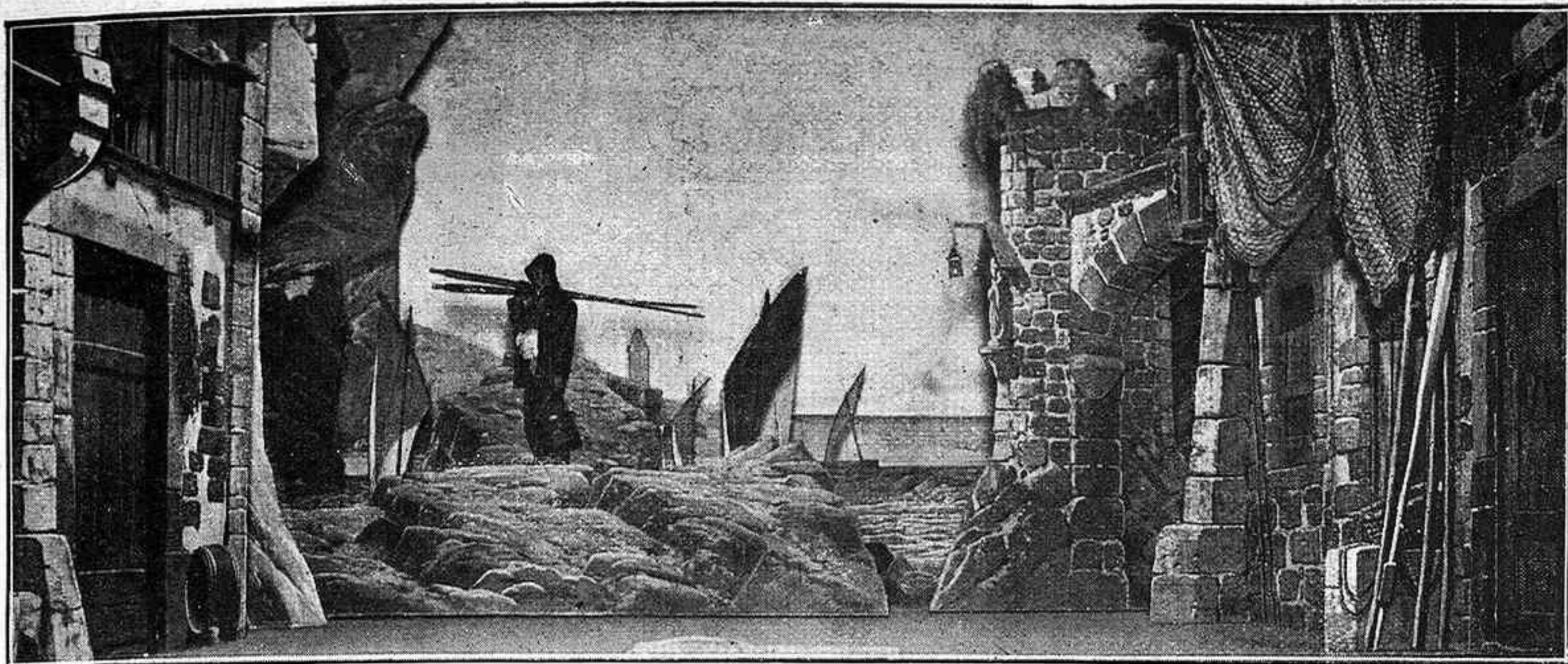
3.—Pero quien inventó el acordeón ya supo el hombre lo que se hacía.



4.—Un instrumento músico y un salvavidas. ¡Loor al genio!

BIEN
BIBLIOTECA
MADRID





INTRODUCCIÓN DEL PRIMER ACTO.—EL TÍO PEDRO VIENDO MARCHAR LAS LANCHAS

trimestres, la fama de los artistas y el cajón de contaduría.

En la zarzuela hay mucho de artificioso, falso y de relumbrón, pero hay que confesar y reconocer que está hilvanado con el salero y habilidad que caracteriza el talento escénico de Arniches, y que la obra en total *resulta*, que es lo que se trataba de demostrar.

El momento terrible, imponente en que después de llamar á gritos el tío Pedro á Andrés, óyesele á éste entonar la canción esperada, es de un efecto soberano y de éxito seguro, como lo fué en la antes citada zarzuelita *Doloretas*, el instante en que el viejo dulzainero cree ver llegar al ahijado y sobrino desde lejos, y efectivamente llega.

La parte festiva ó cómica de la obra, está combinada con la seria y aun trágica con una gran habilidad, de modo que el espectador pasa sin fatiga de unas á otras emociones y aun le alegra de que le proporcionen ocasiones de experimentarlas tan diversas y encontradas.

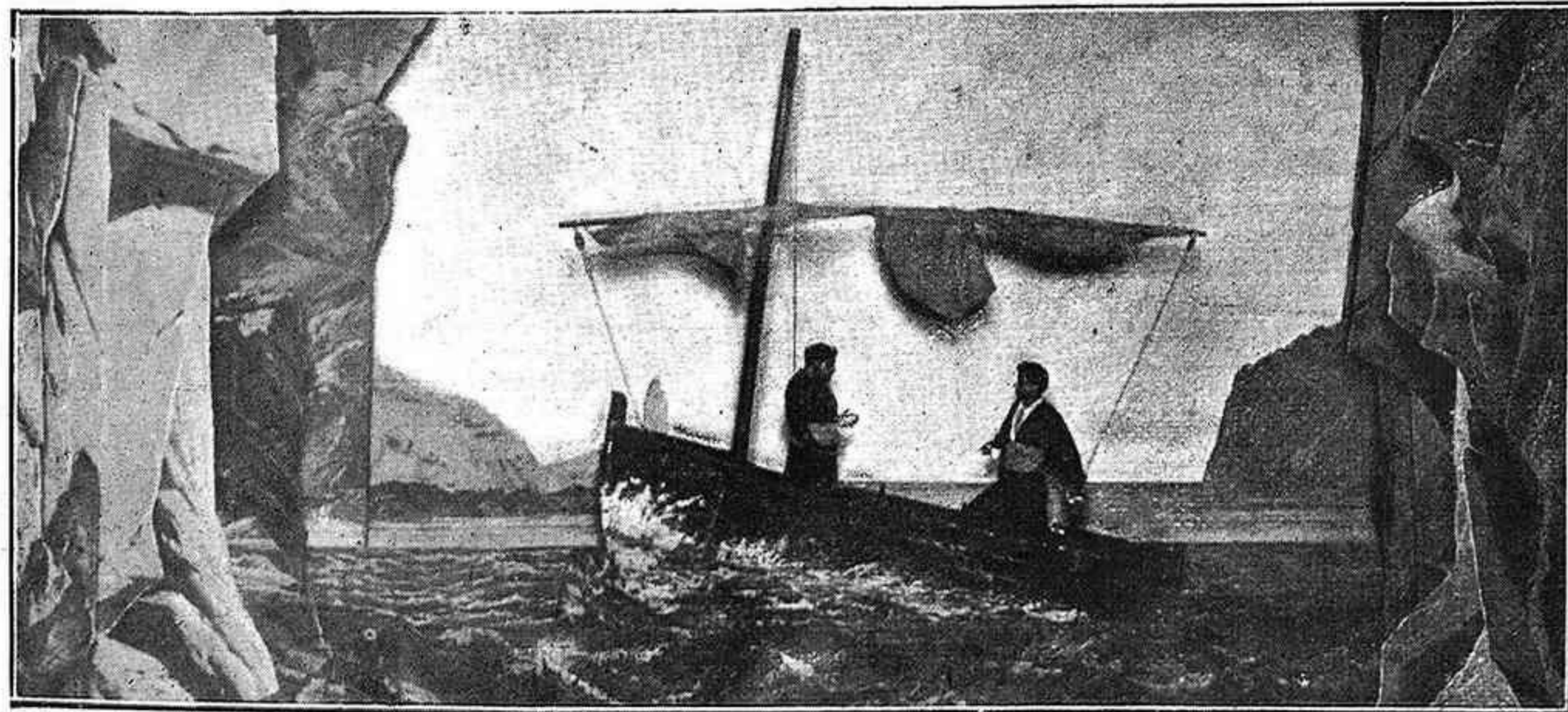
Sería injusto no señalar como uno de los principales motivos del éxito de la obra, la presentación escénica que le ha dado la inteligente empresa del Circo de Parish de Madrid y la interpretación

acabadísima, perfecta que ha logrado por parte de los notables artistas que han tomado parte en su desempeño, desde que se estrenó, sobresaliendo, desde luego, el joven y ya famoso tenor Manolo Figuerola, con cuyo retrato hoy se honran las páginas de PLUMA Y LÁPIZ.

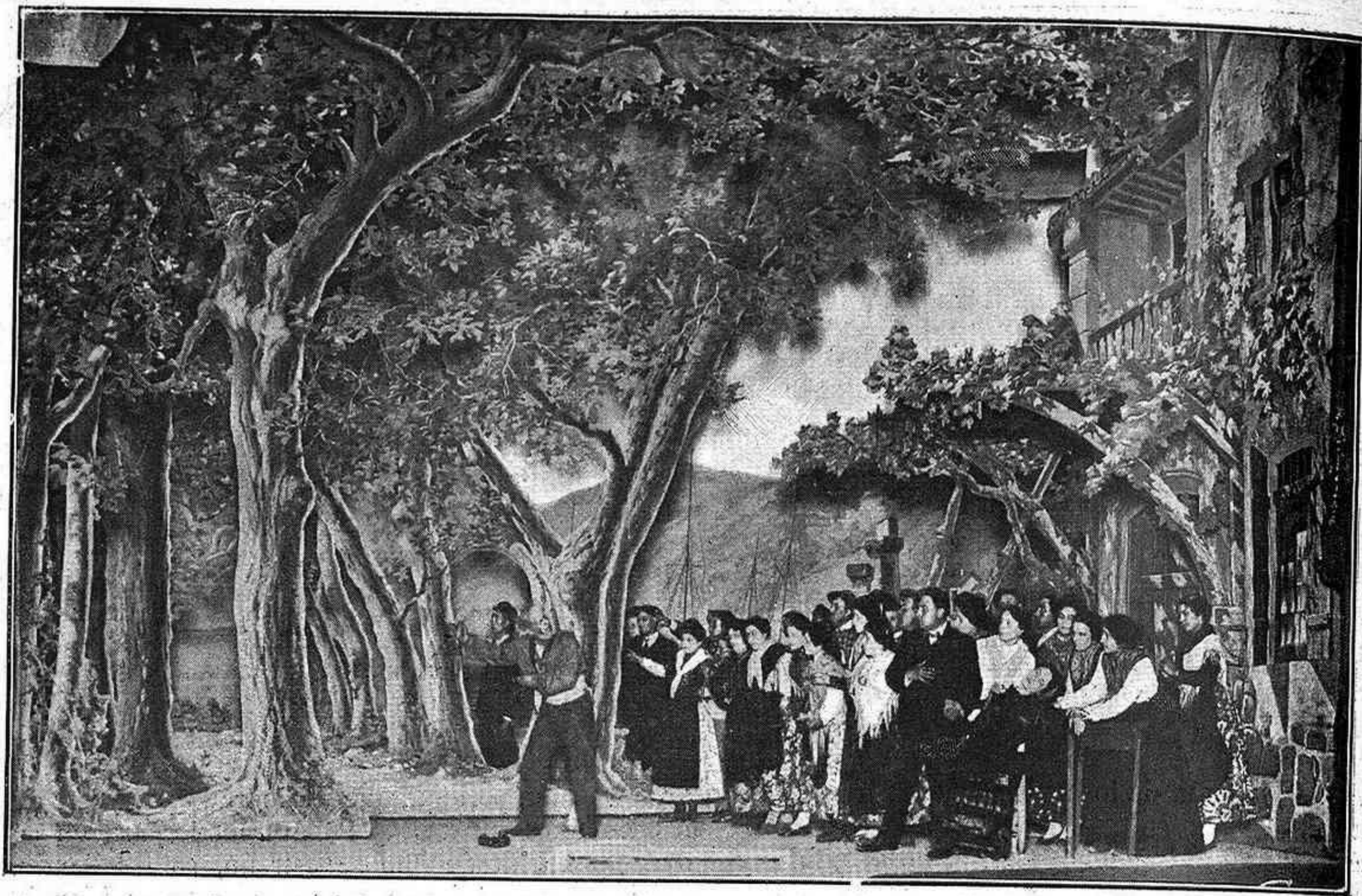
Figuerola, gracias á su talento y su voz envidiable, ha recorrido en brevísimo espacio de tiempo todo el camino—espinoso para muchos y para él de flores — de la popularidad.

No intentamos descubrir á tan insigne artista; el público y la crítica le han consagrado como á uno de sus predilectos y nosotros no hemos de hacer ahora más que refrendar, viéndole el modo admirable que tiene de interpretar el papel de *Andrés* en *La canción del naufrago*, tan envidiable opinión.

De Figuerola, á pesar de su evidente juventud, no se puede decir que es una esperanza del arte, sino una honrosa realidad, y de ello viene á dar fe la predilección con que siempre cuentan con él las empresas todas, seguras de encontrar en su trabajo, en su talento, en su aplicación y su caballeresca formalidad, las condiciones que rara vez se encuentran reunidas en un solo artista.



SEGUNDO CUADRO DEL ACTO PRIMERO.—DESAFÍO DE ANDRÉS Y ESTEBAN

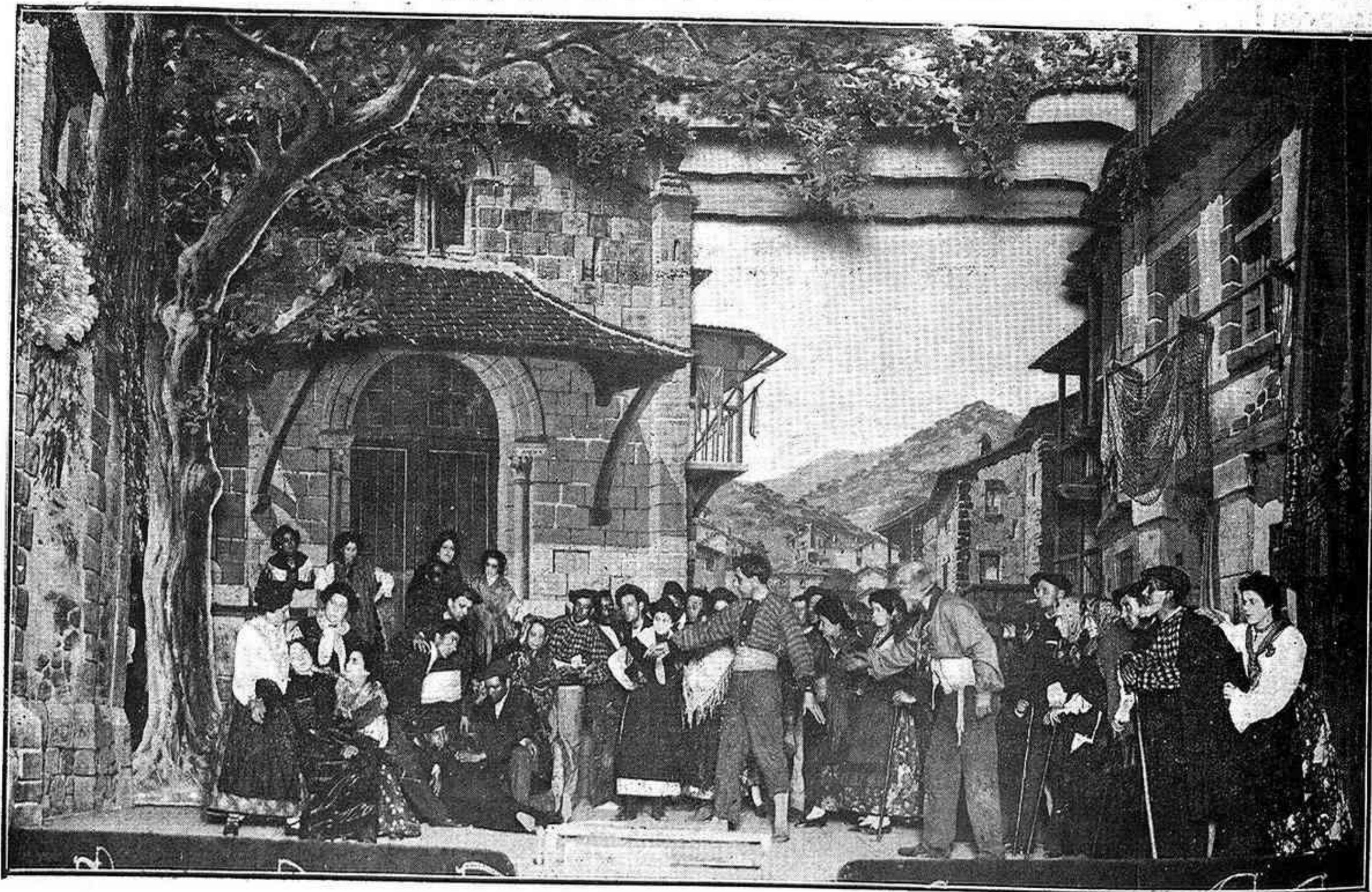


FINAL DEL ACTO SEGUNDO.—EL TÍO PEDRO HACIENDO ESCUCHAR LA CANCIÓN DE ANDRÉS

El éxito que *La canción del naufrago* obtuvo en Madrid, fué indicio seguro del que en Barcelona había de lograr más tarde, corregido y aumentado por la devoción que en Cataluña se siente por todo cuanto de ella procede, y sabido es que el maestro Morera ha sido, durante mucho tiempo, verdadero ídolo en la capital del Principado, de donde salió no hace mucho para establecer sus reales en Ma-

drid, que le acogió como al maestro Vives; como á Guimerá, como á todos los hombres de talento, con los brazos abiertos y donde ha cimentado el justo renombre de que fué precedido por sus campañas artísticas.

Nuestra cordial enhorabuena á autores, actores y empresa.



FINAL DEL ACTO TERCERO.—LLEGADA DE ANDRÉS Y MUERTE DE ESTEBAN.—(Fots. de Marletti.)